

# Una férrea lealtad a sí mismo

JOSÉ ANTONIO ESCUDERO

Señor rector, señoras y señores. Asistimos hoy a una mesa redonda sobre “la peripecia vital de Vicente Cacho Viu y su trayectoria académica”, respecto a la cual quisiera adelantar una doble manifestación de certeza y duda. Certeza, la de la gratitud, a los coorganizadores (la Fundación Albéniz, la Fundación Ortega y Gasset y la Residencia de Estudiantes) por su amable invitación. Y duda, en lo relativo a la peripecia, porque si es cierto, según asegura el Diccionario de la RAE, que peripecia significa mudanza repentina de situaciones tanto en un drama como en la vida real, pocas vidas como la de Vicente –pienso– tuvieron menos de peripecia o mudanza, y más de trayectoria rectilínea y certera. Yo le conocí en los primeros años sesenta, y era como era; le reencontré y conviví con él al término de esa década, y seguía siendo como había sido. Volví a verle esporádicamente en los setenta y en los ochenta, con los mismos signos de identidad que antes, y supe en los noventa de su muerte y de cuanto Vicente quiso para acompañarla, todo en perfecta congruencia: cómo había sido y cómo siguió siendo. Se muere como se vive, dicen los que saben de la vida y de la muerte. A lo que hoy cabría añadir: algunos, los mejores, viven siempre como han vivido: con un puñado de principios y lealtades inmarcesibles e insobornables, o, si se quiere, con una férrea lealtad a sí mismos.

Conocí a Vicente Cacho con ocasión de nuestras respectivas oposiciones a cátedra, y, más en concreto, con la preparación de la Memoria sobre el concepto y método de la disciplina. Con el común denominador de la Historia, nuestras disciplinas eran ciertamente muy distintas, pero en las memorias de la Historia del Derecho, como también entonces en las de Historia Contemporánea, era habitual introducir unas consideraciones generales sobre qué era la Historia y cuál su sentido e interpretación. Yo sabía que Vicente había redactado una muy brillante Memoria de oposiciones, y se la pedí para informarme de esa parte común. Ello dio pie a varios encuentros donde intercambiamos opiniones y lecturas sobre temas de alto rango, nada más y nada menos que sobre el sentido de la Historia, y, más en concreto, sobre el sentido que la Historia tenía o debía tener para un hombre creyente. En suma, la Historia, pero el orteguiano *Dios a la vista*.



*Colegio Mayor Moncloa de Madrid.*

Evoco hoy aquí el anecdótico préstamo de la Memoria porque apunta a una de las que yo veo como señales de identidad de Vicente, acreditada por él del orto al ocaso: la generosidad intelectual, de la que podrán dar fehaciente testimonio quienes fueron sus discípulos y colaboradores, y de la que yo mismo hube de ser testigo en muchas otras ocasiones.

No mucho tiempo después, una atractiva operación cultural nos reunió de forma mucho más estrecha. Con la pretensión de establecer y organizar un colegio mayor para posgraduados, un reducido grupo de opositores, no más de media docena, y entre ellos Vicente, convivimos un par de años en el Colegio Mayor Moncloa. Se trataba, según he dicho, de poner en marcha un colegio mayor para posgraduados, pero no como los entonces al uso (señaladamente el prestigioso "César Carlos"), sino como colegio exclusivamente destinado a quienes siguieran la carrera universitaria, y en consecuencia preparan tesis u otros trabajos, y además abierto a estudios extranjeros, futuros hispanistas que acudían a España a iniciar el quehacer investigador. Esa doble nota, la internacionalidad y la proyección exclusiva a la carrera universitaria (dejando fuera a colegiales dedicados a otras respetables oposiciones de estilo memorístico), conferían al ideado colegio de posgraduados una fisonomía en lo reglamentario un tanto heterodoxa, si bien no poco fascinante y atractiva. Y a ese empeño, el de hacerlo posible, nos aplicamos con ilusión unos cuantos, entre ellos Vicente, hasta que caímos abatidos por el tiempo y los enredos burocráticos.

Aquel bienio monclovita, rico en esperanzas y pesadumbres, me hizo conocer muy bien a Vicente. La vida en régimen separado del resto de los colegiales propició la intimidad en aquel grupito de ilusionados o ilusos, en el que Vicente Cacho, por edad y autoridad, desempeñaba un papel muy principal. Tuve yo conciencia entonces de que, en potencia o en acto, Vicente era ya eso que los anglosajones llaman un *scholar*, es decir, una persona abierta, desde el surco universitario, a todas las inquietudes; ávido como lector; con la curiosidad a flor de piel, rico en sensibilidades y fascinante conversador y contertulio.

Dos rasgos hay, con todo, que, según se me antoja, emergen señaladamente de su rica personalidad. Sobre todo, la independencia espiritual o, si suena mejor, la independencia intelectual. Vicente era todo lo contrario a un espíritu gregario, conformista, de grupo o de facción. Alérgico a cualquier suerte de adoctrinamiento, todo lo filtraba por el egregio tamiz del pensamiento y la razón, lo que le confirió una admirable y envidiable libertad de espíritu, y además hizo más meritorio su asentimiento y sujeción a postulados extraracionales, allá donde la fe vuela por regiones ignotas y supremas. El trasunto y correlato de esa independencia intelectual, tan característica de él, fue un fino sentido crítico, acerado y cáustico a veces, pero envuelto y mitigado siempre en la vida cotidiana por una afectividad expansiva y cálida.

Aquellos años fueron los de comunicación e intercambio de inquietudes. Le preocupaba a él, como pensador cristiano, la conciliación o convivencia de tradicionalismo y progresismo, repudiando que unos u otros se adjudicaran el marchamo de la ortodoxia. Como intelectual y *homo politicus* la superación de la dialéctica entonces al uso del problema de las dos Españas, o de una verdadera, única y excluyente tradición nacional identificada con la presunta ortodoxia, cuestión que él iluminó con su celebre estudio sobre la Institución Libre de Enseñanza. Como historiador, la conciliación de las tensiones centro-periferia, para lo que por ejemplo trató de entender, y también de enseñar, el significado de Cataluña en los avatares de los últimos tiempos. Todo ese sistema de preocupaciones se tradujo desde luego en monografías y libros, pero rezumó también en el día a día de conversaciones y charlas de aquellos años.

«Cuanto sé de mí», decía el poeta. Cuanto sé yo de Vicente se resume en evocar lo que fue: un hombre paradigma de talento, ilustración, convicciones y espíritu de concordia. Uno de esos católicos, en fin, de los que bien necesitada anda nuestra Santa Madre Iglesia. Uno de esos intelectuales integradores y serenos, que tanto se echan de menos en la España de hoy. Y ya que estamos en un aula de su Universidad Complutense, un profesor ejemplar. Solo eso.